



REVISTA DE GERONA

RECUERDOS DE VIAJE

UNA ESCURSIÓN Á LA ISLA DE ISCHIA

I.



UN domingo de la primavera de 1881, después de haber asistido á los divinos oficios en la bella y anchurosa catedral de San Genaro de Nápoles, en los cuales celebró de pontifical el Cardenal-arzobispo, como tuviera libre toda la tarde y por otra parte me brindara el tiempo con lo apacible de su temperatura y la suavidad de su brisa, deliberé hacer una excursión á la Isla de Ischia, que formaba parte de mi programa de viaje.

Llegué al muelle en el momento de levar anclas el vapor en que debía embarcarme, tomé pasage, entré en él y me instalé lo mejor que pude, dispuesto á gozar á mis anchas del incomparable espectáculo de la bella Parthenope vista desde el mar, así como del golfo á que dá nombre.

A poco, la chimenea del piróscafo empezó á lanzar bocanadas de humo, chilló el silbato, la máquina, semejante á un monstruo-

so corazón, dejó sentir sus latidos, el casco se puso en movimiento, y por la proa se empezó á divisar la alegre y blanquísima estela de movediza y lijera espuma. Primero fuimos dejando atrás una inmensidad de buques mercantes, pero luego tuvimos que navegar entre una ingente escuadra de barcos de guerra, reunidos en el puerto para escoltar á la reina Margarita que queria ir á Castellamare á presenciar la varada del Flavio Gioja, construido en aquel astillero.

Todavía conservo nota de los buques que formaban la referida armada. Figuraba en primer término el Duilio, que habia visitado dias antes, y seguían el Príncipe Amadeo, el Affondatore, la Italia, el Palestro, la Roma, el Castelfidardo, el Terribile, el Marco Antonio Colonna, el Vittorio Emmanuele y la Città di Génova.

La profunda impresión que me causaron aquellos barcos torció por completo el hilo de mis ideas, y por algún tiempo me olvidé de que era excursionista, para acordarme sólo de que era español. El recuerdo penoso de Trafalgar y la remembranza gloriosa de Lepanto, surjieron entonces en mi mente y hube de maldecir de aquellos que, abandonando la sabia política de neutralidad de Don Fernando VI, realizaron la alianza con Francia, origen de la pérdida de nuestro antiguo poderío marítimo. Luego pensé en la altiva patria aragonesa y me sentí catalán por mis cuatro costados y se me figuró ver en aquellas mismas aguas las naves y galeras de Perellós y de Ortafá, de Vilamari y de Gutierre de Nava, de Romeo de Corbera y del Infante D. Pedro y de tantos otros almirantes y patrones á cuya pericia y valor se debió que aquella ciudad y aquel puerto, aquel golfo y aquellas islas fuesen por tantos años del dominio de Cataluña.

Sacóme de mí tristeza la contemplación del bellissimo azul del mar, de un tono tan subido á la par que tán diáfano, que parecia un inmenso yacimiento de piedra lapis. El vapor salvó la boca del puerto y, fuese por la influencia del oleage ó por cualquiera otra causa que no me acierto á explicar, las aguas iban tomando por momentos un tinte completamente verdoso.

A todo esto, llegó el momento de gozar del panorama, puesto que la distancia habia ido agrupando los objetos y Nápoles aparecía en toda la esplendidez de su soberana belleza. En la cúspide de la montaña sobre de la cual está emplazada, formando un maravilloso anfiteatro, se descubría el castillo de Santelmo, el *Arx montana* de los historiadores medio-evaes y más abajo la abadía de S. Martín; en la falda, una inmensa gradería de edificios en la cual las casas alternan con los palacios y los palacios con los tem-

plos que elevan hacia el cielo sus airosos campanarios; en la llanura el alcázar real, el castillo nuevo y el del Ovo y luego el puerto con su bosque de mástiles y en el aire los ecos de la alegre gritería de los marinos napolitanos. A medida que el vapor se alejaba, iba apareciendo la costa, y el panorama se agrandaba y se hacía aún más hermoso. Por el oeste se divisaba Posilipo y por el este Portici, Torre del Greco y de la Anunciata. El Vesubio y el Somma ostentaban sus moles colosales y á lo lejos se divisaban Castellamare y Sorrento. La isla de Capri dejaba ver su brava y caprichosa línea de peñascos oscuros no destituida de belleza.

No tardamos en doblar el pequeño cabo de Posilipo, en el que figura el escollo llamado de Virgilio, y empezamos á descubrir la isla de Nísida, el golfo y la aldea de Puzzuoli y el cabo de Misena con su indispensable faro. Navegamos algo más y aparecieron ya las islas de Prócida é Ischia, aquélla enfrente de ésta mucho más pequeña y más baja. Atravesamos el canal que separa el cabo de Misena de la isla de Prócida y tocamos unos minutos en ella para desembarcar una parte del pasaje y tomar otros viajeros.

¡Qué hermosa que es Prócida con su línea de casas edificadas en terrenos robados al mar, con su castillo que la guarda y domina y su puerto henchido de barcas de pescadores!

Proseguimos nuestro rumbo y al doblar la referida isla, descubrimos la de Vivara, adyacente á ella y de ella dependiente. Ischia se ostentaba ya en su totalidad, sin obstáculo alguno que hurtara á nuestra vista sus límites meridionales. Busqué un peñasco cuya contemplación habia codiciado muchas veces, lo descubrí, y mi corazón latió de alegría y de entusiasmo: porque, á la verdad, aquella roca pelada, en cuya cima se divisa una vetusta fortaleza, era el móvil de mi escursión y el imán de mi pensamiento, como en la actualidad es el motivo de estas incorrectas líneas.

Hora es ya de decir al lector como mi viaje tenía por objeto ir á estudiar sobre el terreno lo que pasó en una de las jornadas, á la vez marítima y terrestre, más gloriosas para el pendón de las cuatro barras. Me refiero á la toma de la ciudad de Ischia por las valerosas huestes del magnánimo Don Alfonso V de Aragón y IV de Cataluña. Con la descripción topográfica del sitio en que se desenvolvió el hecho de armas insinuado y con el relato de sus interesantes peripecias espero hacer partícipe al lector de las emociones experimentadas por mí al surcar aquellas aguas y al pisar aquellas breñas regadas con sangre de catalanes.

II.

Es Ischia la Pithecusa y la Ænaria de los antiguos. Dista cuatro millas del continente y veintidos de la ciudad de Nápoles y es como la llave de su defensa, de suerte que el que la posee puede sojuzgar fácilmente la referida capital y toda aquella parte de la marina. Es más rica de lo que su pequeñez pudiera hacer pensar, pues solo tiene 30 kilómetros de circunferencia, y en el día encierra y mantiene una población de 25000 habitantes, dedicados en su mayoría á la pesca, al cultivo de la vid y de los árboles frutales. Su suelo es fértil y por doquiera presenta paisajes de superlativa belleza. En su centro se alza una altísima montaña, el Epomeo, que en otro tiempo, á semejanza del Vesubio y del Etna, era teatro de tremendas erupciones volcánicas. Aunque no tenía idea de estudiarla bajo el aspecto geológico, sin embargo pude apreciar en varios sitios poderosas corrientes de lava que llegaban hasta las arenas de la playa. Toda la parte baja es un ameno vergel en el que descuellan en primera línea las auranciaceas, cuyas flores embalsaman el aire y cuyos frutos constituyen toques de color por todo extremo bellísimos. Los mitólogos refieren que Júpiter mató de un rayo al gigante Tifon, otro de los que escalaron el Olimpo y que luego se le enterró debajo del Epomeo: sus gemidos, añaden, se traducen por terribles bocanadas de fuego.

Tiene Ischia por la parte del canal que la separa de Prócida y Vivara el ya citado islote ó peñasco abrupto y fragoso de una milla de altura y de otro tanto de circuito, unido en otro tiempo al resto por un pequeño puente. Antiguamente sólo tenía una muy empinada y tortuosa senda que conducía á la ciudad, situada ésta en una pequeña meseta. Por lo dicho se comprenderá que en la metrópoli de Ischia todo debía ser liliputiense. No obstante los historiadores del siglo XV, y señaladamente Bartolomé Fazio (1), hablan de un castillo, de un palacio y de un suburbio ó callejuela con tres torres interpuestas para cerrar el paso, amen de un templo ó convento llamado de Santa María, aún que dicen que éste se hallaba situado en la ladera del monte. También consignan que la microscópica ciudad no tenía murallas y que las casas hacían oficio de ellas.

Por más que en aquella sazón en Italia no se hilaba tan delgado como ahora en materia de visitas á puntos fortificados, sín-

(1) Bartolomei Facii. *De rebus gestis ab Alphonso primo, neapolitanorum rege.*

embargo comprendi que no podía prescindir de un permiso en regla y traté de procurármelo. Fui á ver al gobernador, que era un militar entrado en años, tan campechano como cortés, y en cuanto le expresé mi deseo, se apresuró a respaldarme una tarjeta, verdadera llave maestra que fué parte para abrirme de par en par todas las puertas.

Desde luego advertí que el antiguo puente, que unía la isla con el islote, se ha convertido en un sólido muelle que limita el puerto actual por aquel lado. Atravésele cómodamente y llegué á los umbrales de la puerta de la fortaleza situada al nivel del mar, y es que para llegar á la antigua ciudad de Ischia ya no se sigue la senda abierta al aire libre, sino que hay que subir un laberinto de escaleras y atravesar una serie de galerías ó túneles abiertos en la dura peña. Al paso pude visitar las cárceles, una iglesia, que un tiempo fué renovada, y unas momias halladas en el convento de Santa María. Al fin de tan larga ascensión llegué á la plataforma de la actual fortaleza, hoy convertida en presidio, y allí pude comprobar la verdad de la descripción de los autores antiguos; sólo que el suburbio ó calleja está arruinado y las torres que lo defendían, y que por cierto no eran tres, sino cuatro, forman ahora parte de la fortificación moderna. Desde allí divisé las ruinas del convento y con el texto de Fazio en la mano estudié los puntos donde atracaron nuestras naves, y la dirección que siguieron nuestras columnas de ataque. No hay para qué decir los vuelos de la loca de la casa, ya que por largo espacio de tiempo me quedé dueño de mí, sin que nadie me dijera una palabra ni de modo alguno tratara de sacarme de mi patriótico arrobamiento.

III.

Veamos ahora qué fué la jornada acaecida en aquel lugar, y como por el valor de los nuestros las áridas breñas se convirtieron en criadero de inmarcesibles laureles.

Acababa de verificarse la ruptura de Don Alfonso con su madre adoptiva la Reina Doña Juana II de Nápoles á causa de la prisión del gran senescal Juan Caracciolo. Sforza había acudido á socorrer á aquella veleidosa Señora y después de inferir á los nuestros una tremenda derrota, los tenía acorralados en el castillo nuevo. Empero la llegada de la escuadra destinada por el Rey y por Cataluña á la prosecución de la campaña de Córcega, bastó para cambiar por completo la situación de los beligerantes y

merced á una enconada batalla librada en las calles, la capital volvió á poder de las tropas reales, no sin que quedara en gran parte incendiada. Con todo, como Don Alfonso recibiese malas noticias de España y supiera el lamentable cariz que iba tomando el disentimiento de su hermano Don Enrique con el Rey Don Juan II de Castilla, deliberó sobreseer por entonces en la empresa del Reino de Nápoles y regresar á sus estados cismarinos. Ya estaba á punto de hacerse á la vela cuando se le presentó Miguel Cossa, enemigo de Carracciolo, á sujerirle la idea de apoderarse de la isla de Ischia.

Hay que advertir que Cossa era un jefe de partido y que el móvil de su conducta debe buscarse en la enemiga que profesaba á la facción de los Manoccias sus competidores y rivales en aquella isla. Pintóle ser cosa fácil el logro de aquel objeto, diciéndole que sólo se necesitaba obrar con rapidez, puesto que los habitantes de la ciudad, asaz confiados en la naturaleza de su situación, descuidaban la vigilancia, añadióle que el puente que unía el islote con la isla, podía ser tomado de noche y por sorpresa, y que una vez ocupado, y si convenía cortado, quitaría á los de la plaza toda esperanza de ser socorridos por los habitantes del resto de aquel territorio, y que entónces, rodeados por mar, no tendrían más remedio que sucumbir á la fuerza de las armas ó á la más terrible del hambre.

El Magnánimo felicitó á aquel corifeo y prohió su pensamiento, enviando de noche algunas galeras á ocupar el puente, encargando á los patrones de ellas que echaran las sondas cabe á los peñascos á fin de cerciorarse si las naves gruesas podrían atracar sin peligro de avería, pues tenía pensado que los marinos y soldados los escalaran desde las cubiertas. La orden del Rey fué cumplida con puntualidad, de suerte que antes de despuntar la aurora las tripulaciones de las triremes se habían apoderado del puente con tan alto silencio, que los vecinos de la ciudad de nada se aperci-bieron. Acto seguido procedieron á sondear el mar, resultando que el fondo era tal que permitía la insinuada maniobra, con completa seguridad por parte de las naves gruesas. Sin pérdida de momento el Rey recibió parte de todo lo acontecido. Entonces resolvió trasladarse allí acto continuo y comprobar por medio de un reconocimiento cuanto se le había comunicado. Satisfecho de su marcial visorio, volvió á Nápoles á poner en orden todo lo necesario para el ataque, hecho lo cual, regresó á la isla disponiendo que le siguieran las naves cargadas de todos los pertrechos de guerra necesarios.

En cuanto los de la plaza advirtieron que el puente estaba tomado, y descubrieron la escuadra, se quedaron atónitos por algún tiempo; pero rehechos y recobrada la entereza de su ánimo, se dieron á fortificar los lugares más apropósito, y luego distribuyeron la artillería alrededor de la ciudad.

El Rey, así que tuvo consigo las naves, pensó que había llegado el momento de intimar la rendición á los de Ischia, á cuyo efecto les hizo saber que estaba dispuesto á admitir parlamento, proponiéndoles que le mandasen una comisión á fin de ver si era posible concertarse pacíficamente y evitar la violencia.

Aceptado el ofrecimiento, los de la ciudad le diputaron dos ciudadanos, dándoles, empero, la instrucción precisa de que se limitaran á escuchar al Rey y, sin comprometerse á nada, transmitieran cuanto oyeran de sus labios. S. M. les dijo que no confiaran sobradamente en la ventajosa situación de la plaza, y les exhortó á que prefirieran que les tratase con benignidad, á que les hiciera sentir el peso de sus hostilidades. Púsoles por delante la expulsión de Sforza de la capital y el espectáculo de Nápoles ganada á punta de lanza, añadiendo que si había sido poderoso para vencer á los más, con mayor sazón había de domeñar á los menos. Manifestóles que no se hallaba en guerra con la Reina, á quien respetaba y quería como madre, si no con sus malos consejeros que le habían incitado á declararse contra él y, por fin, que por lo que á ellos concernía, sólo tenía la exigencia de que admitieran en la ciudad y castillo guarnición de tropas reales.

Los comisionados, en cumplimiento de su deber, no dieron ninguna respuesta, limitándose á pedir permiso para transmitir á sus mandatarios las proposiciones que se les habían hecho. Otorgada la venia solicitada, se trasladaron á Ischia y luego al punto se reunió el Senado al cual dieron cuenta de todo lo sucedido. No cupo, sin embargo, ningún linaje de pacífica y patriótica discusión, por que, en cuanto hubieron hablado los emisarios, Cristóbal Manuccio ó Manoccio, se impuso á todos sus convecinos, empezando por mandar que se retirasen los de la facción contraria, y declarando traidores y amenazando con la muerte á los que claudicasen en la resistencia. La facción de los Cossas, presa del terror, no se atrevió con sus adversarios, y éstos, dueños por completo de la ciudad, rechazaron en redondo la paz que se les proponía.

Don Alfonso al ver que nada se le contestaba, notando, además, que los enemigos iban reforzando los puestos en medio de la mayor gritería, se resolvió á emplear la fuerza.

Hé aquí como dispuso el plan de ataque. A Don Juan de Car-

dona le mandó que fuese á ocupar el templo de Santa Maria que, como hemos dicho, se hallaba en la falda del monte, á cuyo efecto le dió algunas naves con las correspondientes compañías de desembarco, previniéndole que obrase de acuerdo con los capitanes. Ordenó que una nave, la mayor de todas, se dirigiese á oriente y otras cuatro á mediodía; que dos galeras de las mayores y dos de las menores se encargaran de hostilizar el suburbio, echando luego en tierra la gente que debía acometerlo.

Los de la ciudad atendieron principalmente á los puntos más débiles, y encerraron en el castillo á las mugeres y á los hombres inhábiles para la pelea. Entretanto los demás habitantes de la isla, en cuanto se enteraron de que el puente estaba interceptado, obedeciendo los mandatos de Don Alfonso, se presentaron á él y se le rindieron desde luego, no sin maldecir de la pertinacia de los secuaces de Manoccia. Aquel día terminó con los preparativos descritos.

En cuanto amaneció el siguiente, se dió la señal de la lucha con un grito tan general y tan fuerte, que ensordeció al enemigo. Entonces fueron remolcadas las naves á los puntos previamente designados. La primera en cumplir su consigna fué la de Janer á Gener (Generis), atracando por la popa y echando la plancha ó puente sobre las peñas inmediatas. Don Alfonso supo que la de Camprodón (Campirotundi) no podía hacer otro tanto por haber hallado por el norte muy picada la mar; entónces llamó á tres jóvenes de los mas decididos y les mandó que saltando á las rocas cogiesen la cuerda de la plancha y la atasen á unos matorrales que de lejos se divisaban, hecho lo cual, dos de ellos, los más atrevidos, empezaron á buscar el modo de llegar á la ciudad por lo más quebrado de la montaña. Como era tanta la fragosidad, pensaron que les sería posible llegar á la cumbre furtivamente. Al cabo de un rato de ir trepando, dieron con unas rocas casi cortadas á pico, pero asiéndose de las pequeñas eminencias y aun de los abrojos que entre sus hendiduras brotaban, consiguieron dar feliz remate á su empresa. Había acontecido casualmente que de los dos centinelas que vigilaban aquella parte (y no había más, porque el lugar se defendía por sí mismo y nadie sospechaba que el enemigo lo atacara), uno había acudido en socorro de Cristóbal Manuccio que cerca de allí se batía. Sorprendido y degollado el otro, los atrevidos mancebos se apoderaron de aquel sitio, sin que los de la ciudad llegaran á sospecharlo. Allí permanecieron callados, mientras que imitada su audacia por algunos compañeros suyos, fueron recibiendo conveniente refuerzo.

A todo esto los marinos por medio de saltos descomunales se plantaban en las rocas y guardándose con los escudos de la lluvia de piedras y de dardos que sobre de ellos caía, se esforzaban en ir ganando la cuesta que conducía á la ciudad. Era tanto el denuedo con que se lanzaban á la refriega y saltaban tan atropelladamente que, rotas las planchas de las naves de Gener y de Zaragoza (1) por no poder sostener el peso de tanta gente, muchos se cayeron al mar. Esto dió ocasión á que el resto de las tropas de desembarco de las referidas naves tuviera que saltar en tierra por el intermedio de los demás buques. A una nave pisana le sucedió análogo fracaso, teniendo cinco hombres al agua. Los de la de Camprodón y de algunas otras que se le habían unido se distinguían en primera línea avanzando hácia la ciudad por lo mas quebrado de la montaña. No hay para qué decir cuán fácil era la defensa por parte de los enemigos, quienes en vez de hacer jugar la artillería, arrojaban grandes peñascos que, rodando por la cuesta, dejaban malparados á aquellos de los nuestros que se distinguían por su audacia.

Entonces el Rey decidió atacar resueltamente el suburbio dependiente de la ciudad. Esta, á su vez, era fuertemente batida por la artillería de mar y tierra. Los enemigos en cuanto vieron que las tropas reales se dirijían denodadamente al arrabal, tambien acudieron á él, decididos á defenderlo palmo á palmo. Al advertirlo Don Alfonso, trató de dar ánimo á sus huestes, á cuyo efecto saltó acto continuo en un bote.

Mientras tanto los que se habían introducido furtivamente en la plaza, junto con los que estaban mas inmediatos á las casas, viendo que por aquel lado había pocos enemigos, se decidieron á dar el grito de guerra, y aprovechando los efectos de la sorpresa, se apoderaron del palacio y luego se desparramaron por la ciudad.

Cuando se iba encaminando todo de una manera tan favorable para nuestras armas, hé aqui que aconteció un accidente que, gracias al Cielo, no paró en una verdadera catástrofe. El Rey, como ya queda dicho, ávido de compartir los riesgos y las fatigas de los suyos, saltó presuroso en un bote, mas fueron tantos los caballeros que quisieron tener la honra de acompañarle, y que se precipitaron en pos de él en aquella fragil embarcación, que la hicieron zozobrar bruscamente, ocasionando la caída de Don Alfonso en las olas. El peso de la armadura le hubiera llevado con pavorosa ra-

(1) Comes en su *Libre de coses asaxvalades* habla, aunque con otro motivo, del ballenero de Janer y de la nave de Pedro Zaragoza.

pidez hacia el fondo; pero no faltaron bravos y leales nadadores que se apresuraron á socorrerle y que le sacaron incólume. (1) La noticia de aquella desgracia corrió con la rapidez del rayo entre los combatientes de ambos campos, alentando por unos momentos el decaído espíritu del enemigo, mas fué por muy breve tiempo; porque á poco se vió al Rey, aun mas impávido y sereno que antes, dirigirse valerosamente hacia el lugar del encuentro. Trocada en desmayo la torpe esperanza de los de Ischia, cayó en poder de Aragón el disputado suburbio, tras de lo cual resonó entre los nuestros el grito siempre placentero de victoria.

Tal fué el modo como se ganó aquella fuerte y casi inexpugnable plaza á las cinco horas de haber comenzado su ataque. Como es natural, hubo en tan recia jornada no pocos muertos y heridos así de la una como de la otra parte.

Faltaba sólo el castillo en el cual muchos ischianos habian buscado refugio. Como en verdad era fuerte y no se podia tomar al primer ímpetu, el Rey se contentó por de pronto con poner algunas fuerzas que lo observasen. El resto de aquel dia y toda aquella noche se pasaron en el descanso.

Al dia siguiente Don Alfonso ejecutó un acto de la mayor clemencia, dando libertad á los prisioneros que habia hecho y mandándoles á sus casas. No quedó sin recompensa tamaño acto de magnanimidad, puesto que al saberlo los del castillo, se le rindieron bajo el pacto de tener salva la vida. Tomada posesión de él y puesta la guarnición correspondiente, el Rey hizo la vuelta de Nápoles lleno de prez y de gloria. (2)

IV.

Terminada mi excursión al castillo, regresé á la actual ciudad de Ischia, en donde tomé un carruage, y atravesando un pequeño lugar en que existen unas aguas minero-medicinales, llegué en ho-

(1) «Quo viso, Alphonsus confestim scapham ingressus, propius accessit: quo suos ad pugnandum alacriores redderet, ad animandos in præliis milites Regis conspectum multum valere non nescius

.... Cum autem Alphonsus suburbia petens in scapham descendisset, præ multitudine condescendentium conversa in latus scapha, ipse in mare armatus excidit: adissetque in tanto tumultu vitæ periculum, nisi quidam nandi periti eum obluctantem fluctibus confestim excepissent.

(2) Los interesantes detalles de este hecho de armas han sido omitidos por Lafuente, Zurita, Balaguer y Bofarull y hasta por los más de los historiadores generales de Italia y especiales del reino de Nápoles.

ra y media á Casamicciola en donde á la luz del crepúsculo todavía pude examinar los estragos del primero de los terremotos que la han ido convirtiendo en un monton de ruinas. Hospedéme en el hotel de los extranjeros, y tuve la suerte de que el dueño me diera un cuarto contiguo á un terrado desde el cual se descubria un panorama incomparable. En cuanto se hubo servido la comida, me faltó tiempo para instalarme en el susodicho mirador en el que pasé una gran parte de la noche. El cuadro que desde él descubria no era de tonos esplendidos como los que me habian embelesado por la mañana, era un paisaje y una marina alumbrados por la tibia y plateada luz de la luna. Al fondo el mar tyrreno, semejante á una laguna de azogue, resaltando mas y mas por efecto de los toques oscuros de lo costa, en el cual brillaba con intermitencias la luz del faro del cabo de Misena. Mas cerca Prócida y Vivara y en primer término la pendiente que separaba la fonda de la playa, poblada de naranjos. A mi espalda un gran macizo de montañas entre las cuales descollaba el imponente Epomeo. Para que el deleite fuese aun mayor, de vez en cuando alguna nubecilla oscurecia la luna, cambiando repentinamente la intensidad de los tonos.

Al fin acordéme de que debia madrugar y abandoné con pena aquel sin par espectáculo. Al siguiente dia me levanté á las cuatro de la mañana, bajé á pié hasta el embarcadero y ví una salida del sol como no pienso volver á verla en lo que me queda de vida.

JOSÉ AMETLLER





RIMAS

Como en un libro abierto
leo de tus pupilas en el fondo:
A qué fingir el labio
risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! no te avergüences
de confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspirálo, acércalo á tus labios,
y déjale despues.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adios!

Alguna vez la encuentro por el mundo
y pasa junto á mí:
y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿Cómo puede reír?
Luego asoma á mi labio otra sonrisa,
máscara del dolor,
y entonces pienso:—¡Acaso ella se rie
como me rio yo!

Al brillar un relámpago nacemos:
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡Tan corto es el vivir!
La gloria y el amor trás que corremos,
sombras de un sueño son que perseguimos:
¡Despertar es morir!

GUSTAVO A. BECQUER



FIESTAS EN GERONA

POR LA BEATIFICACIÓN DE S. IGNACIO DE LOYOLA

(Conclusión)

Vinieron de Barcelona 4 cavalleros aventureros; D. Berenguer de Oms, D. Geronimo de Aril, D. Sigismundo Vila, D. Joachim Reguer. Entraron en una quadrilla por la plaça con hermosas libreas de morado, amarillo y blanco. Trahia Don Berenguer pintado en la tarcheta un leon que subia por una montaña donde en la cumbre avia una palma y corona con esta letra QVI NON LABORAT. en el pendon una mano que hechava unos papeles en el fuego de donde salia el Amor vendados los ojos y tirando saetas á la mano de arriba. Don Sigismundo Vila llevaba en su tarcheta unas esposas por empresa con la letra que dezia:

Estas me impiden el gusto
mas las que en el alma estan
aunque matan me lo dan.

D. Geronimo Aril trahia en el pendon un girasol que mirava al çielo y un nublado que le impedia la vista y dezia el mote. *Este me impide*. Don Joachim Reguer trahia pintada en su tarcheta una rana mirando al sol que se pone con esta letra.

Pues ya no abrasan tus rayos
lo que de dia abraso
cantare en su noche yo.

Hizieron todos muy bien su deber sin desgracia ni encuentro y

el mantenedor hizo muy bien su officio como por el efecto se puede echar de ver pues de los 4 premios galantes gano el de mejor lanca en la sortija y el otro de mas galan y destreza y amás 10 premios de oro y piedras preciosas y guantes que con razon dixeron algunos que no era maravilla lo hiziesse tan bien pues llevaba tal defensor y padrino que era la imagen del B. Ignacio en el braço como esta dicho, por cuya devocion aquel mesmo dia avia confessado y comulgado, a quien dedico todas las joyas ganadas y las mando poner como un joyel en el pecho del S.^{to} en nuestra Iglesia. Siendo ya de noche mando el mantenedor sacar 10 hachas en la plaça para poder correr con algunos cavalleros que quedavan por faltar el dia, y despues acavado vinieron el mantenedor y otros cavalleros con hachas ençendidas y corrieron delante nuestra Iglesia como lo avian hecho antes saludando y despidiendose del S.^{to}

Estavan los animos tan fervorosos, que estando en nuestro Colleg.^o quedos sin hazer esta noche demostracion alguna de luzes pareciendo que bastavan las dos noches passadas començaron en muchas casas de la ciudad a ençender muchas y poner de nuevo faroles como lo avian hecho antes. Mas quando parecia averse acabado las fiestas del B. Ignacio la misma noche del 1.^o de Agosto se entablaron otras de cavalleros a honra y gloria (como estos señores dizen en el memorial del conçierto) de la Beatificacion del B. Ignacio. porque D. Juan Çarrera y los cavalleros de Barcelona presentaron un desafio al mantenedor Don Martin de Agullana y Latras, y a los otros cavalleros de Girona para el dia de la fiesta de S. Lorenço, en que hechas dos quadrillas seys de Barn.^a y seys de Girona corriessen lanças á un faquin y bola en la misma plaça señalando quatro premios de mejor hombre de armas, de mas galan, de mejor quadrilla, y de folla. Admitiose el desafio y fueron cabeças de quadrilla Don Martin de la de Girona y Don Juan Çarrera de la de Barcelona, los quales el dia de S. Lorenço por la tarde entraron juntos unos por un cabo y otros por otro en la plaça con pendones, invenciones y libreas varias y musica e hizieron sus correrias con mucha gentileza que fue 2.^a fiesta casi tan solemne como la primera.

El lunes a 2 de Agosto por la tarde fue la sentençia del certamen poetico para el qual vinieron de varias partes 33 Anagramas latinos como se pidia en el certamen muy agudos y buenos. onze glosas para el 2.^o premio de la quintilla catalana, 13 cançiones castellanas para el 3.^o sujeto y premio, 708 epigrammas griegos y muchas ingeniosas Jeroglificas en varias lenguas. Diose la sentençia estando presente el S.^{or} Obispo como Juez, algunos ca-

nonigos, religiosos y gente grave y el S.^{or} Cauçeller en una tribuna, leyeronse las composiçiones primero con musica de ministriales, y al fin la sentencia y se dieron los premios señalados.

Ha quedado todo el lugar con grande afiçion a N. B. P. Ignaçio y muy sabroso y contento de lo que con tanto y tan universal aplauso se ha hecho que nunca pensavamos fuera la metad. Pero bendito sea el Señor que assi mueve con tanta suavidad y dulçura los animos y voluntades de los fieles para honrar á su siervo Ignaçio en lo qual han sucedido algunas cosas fuera del comun curso con muy particular providencia del Señor y admirables. y sea la 1.^a que dos o tres dias antes de las fiestas cada noche salia una grande quadrilla de niños movidos a lo que se puede creer de aquel Señor que como dice el Profeta *Ex ore infantium et laudentium perfecisti laudem* et, los quales con azes encendidas en las manos de dos en dos y van por las calles gritando: viva el nombre del B. P. Ign.^o y con esta vozeria venian hasta la puerta de nuestra Iglesia a saludar el S.^{to} Cierta persona no pensava hacer demostracion alguna en esta fiesta, mas una noche estando en la cama dormiendo se despertó pareçiendole que tocavan y lo llamavan a la puerta de su aposento, y que interiormente oyo una voz que le dezia: levántate, levántate, ençiende luz y escribe. hizolo el hombre obedeciendo a la inspiracion interior y con ser verdad que nunca jamas avia compuesto le acudio la vena de repente e hizo muchos motes en alabança del B. Ignaçio y determino luego hazerse un buen vestido y salir a la soldadesca el dia del S.^{to} donde fue hechando por las calles los motes que avia compuesto. Al tiempo que estava escribiendo despertó su muger y maravillada le dixo que es esto? que hazeys en tal hora y tiempo? Que quereys, Respondio, que el B. P.^o Ignaçio me ha llamado, y despertado para que entienda en sus alabanças y assi lo hago. Estando un P.^o de casa con otras personas Eclesiasticas assentado en los bancos de la Iglesia platicando cosas de Nuestro Señor y de las fiestas dos dias antes, cayeron de lo mas alto de la Iglesia dos tablones grandes, que cayendo a peso naturalmente venian sobre las cabeças de los que estavan assentados y fue cosa maravillosa que algunos que estavan en la Iglesia y gritavan viendo el peligro manifiesto para que se apartassen advirtieron que los tablones estando muy cerca dieron una buelta en el ayre y milagrosamente se apartaron a la otra parte y dieron en donde no hizieron mal a nadie. Otra persona que la vispera de la fiesta tenia en su aposento un candil encendido delante la Imagen del B. Ignaçio al tiempo que se yva a la cama vazio todo el azeyte de la cuchareta superior a la inferior co

mo solia hazer cada noche y retiro la torçida a dentro para matar la luz, adurmiose y despertando a la mañana hallo que estava el candil ençendido y que havia quemado toda aquella noche sin azeyte delante la Imagan del S.^{to} El dia de S. Lorenzo en las fiestas de la plaça sucedio un terrible alboroto que de poco aguara todo el contento si el Señor no lo remediara porque dos criados de las dos quadrillas con ocasion bien ligera echaron mano y luego se vio por dos vezes toda la plaça y palenque alborotado y lleno de espadas desnudas y con evidente peligro de grandissimo daño y de perderse la ciudad segun estaban las cosas mal encaminadas, pero fue nuestro Señor servido de aplacar los ánimos y sossegar aquella tempestad sin que se derramasse gota de sangre ni se reçibiesse algun detrimento, que todos lo han attribuydo al favor e intercession del B. P. Ignacio a cuyo cargo estava librar la ciudad y estos cavalleros de toda desgracia, a quien al mismo tiempo muchas personas devotas y pias viendo tanto peligro affectuosamente se lo encomedaron e imploraron su favor. Tambien es cosa cierta que algunas personas han reçebido particulares beneficios y favor del S.^{to} en sus enfermedades, affligiones y trabajos en estas fiestas a quien se avian encomendado. Pero la mayor de las maravillas es aver movido las voluntades de tantos en este lugar para honrar el S.^{to} fuera de lo que la prudencia humana pudiera alcançar que con grande espiritu reparando en esto el P.^e Guardian de S. F.^{co} en el sermon que predico el 2.^o dia dixo que no pensassen avian sido traças humanas el haverse hecho tantas demostraciones de noche y de dia, sino que dixo *Digitus Dei est hic* que escribe en el coraçon del hombre cuyo Señor es lo que quiere para honrra y gloria de sus S.^{tos} lo mesmo juzgara quien considerare las amarguras y persecuciones que en este lugar para prueba de su paçiencia a padecido la Comp.^a y lo que el demonio con tantas veras procuro estorvar estas fiestas que por ser cosa tan publica basta apuntarlo. Por lo qual aviendo concluydo el Señor Obispo cierta cosa de muchissima importancia para la fiesta que su Señoria R.^{ma} mucho deseava quando lo vio concluydo dixo que no sabia como se avia hecho aquello y que el S.^{to} sin duda avia puesto la mano y que para su Señoria era tan grande milagro como los otros del B. P. Ignacio y en otra ocasion hablando deste mesmo caso y feliz successo dixo: Si yo fuesse Papa por solo esto mañana le canonizaria al B. P. Ignacio, que es cosa muy digna de consideracion por ser palabras de un Perlado tan prudente y que con summo recato habla y proçede en semejantes materias.

POR LA COPIA Y NOTAS, G.



EL POSITIVISMO Y EL MONISMO

EN SUS RELACIONES CON EL PROGRESO CIENTÍFICO, LA
DIGNIDAD HUMANA Y LA VERDAD CATÓLICA.

(*Conclusión*)

Y que el monismo transformista se halla en pugna contra la verdad católica, bien se echa de ver con solo fijarse en que para probar los anteriores extremos no he hecho más que aducir los datos de la verdadera y cristiana filosofía. Sin embargo bien se me permitirá aduzca como irrefragable testimonio la doctrina de las Sagradas Letras, por la cual sabemos que en el principio crió Dios el cielo y la tierra y los animales, *segun sus especies*; lo cual contradice de frente al Monismo, pues para éste no hay especies distintas sino meras transformaciones, en lo tocante al origen de las cosas. Leemos también que Dios *crió al hombre á su imagen y semejanza, macho y hembra, formando para el primero un cuerpo del barro de la tierra*, y para la segunda adaptando una costilla del varón, á fin de dar á entender, dice el Angélico, la condición de la compañera del hombre; y comunicando á cada uno el alma racional. De esta pareja descienden todos los hombres, pues Eva fué la madre de todos los vivientes humanos, y en Adán pecamos todos porque Adán es de todos el primer padre. Las diferencias de razas nada prueban en contra de la doctrina mosáica, pues son debidas á circunstancias locales, como lo prueban, entre otras circunstancias, el que todos los niños nacen con el color de la raza caucásica. Entre las varias especies de animales es imposible el cruzamiento, y sin embargo es muy posible y frecuente entre las dife-

rentes razas humanas, lo cual prueba también que todas son variedades de una sola especie. Además, la creación es un hecho histórico, ¿y qué pueden valer todas las hipótesis transformistas para destruir la posesión de la tesis histórica, apoyada por otra parte por todas las ciencias imparciales ó verdaderas? La creación del hombre fué la última, según la Escritura Sagrada y la Geología, pues no se encuentran vestigios humanos sino en los terrenos cuaternarios, sin que nada prueben en contra las piedras de Thenay y los huesos del *halytherium*: bien que esto no es decir que se oponga absolutamente al Génesis la hipótesis del hombre plioceno, sostenida por geólogos tan eminentes como el abate Bourgeois.

La libertad humana, de que los impíos hacen un dogma (sinónimo de misterio para ellos), lo es en realidad, pero no superior á la comprensión natural de la razón. En prueba de lo último tómense la pena de hojear las elocuentes páginas de los filósofos verdaderos, y verán si se demuestra, ó no, con razones naturales, y si con el auxilio de las mismas no se refutan cuantas objeciones parten del materialismo y fatalismo. En prueba de lo primero, consignada está en las sagradas páginas, y no en un solo pasaje, sino en muchos, como asunto de capital importancia. Así dice Moisés á los Israelitas: *«Pongo por testigos al cielo y á la tierra que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elegid, pues, la vida para que vivais vosotros y vuestra descendencia»*; y en el sagrado libro del Eclesiástico se lee *que el justo pudo infringir la ley y no la infringió, obrar el mal y no lo hizo*.

La Iglesia católica, interprete fidelísima de la revelación divina establece en todos sus símbolos la doctrina de la creación, que por otra parte consignó en los concilios IV de Latran y Vaticano. No menos celosa de la libertad, la defendió en el de Trento contra las negaciones de los protestantes y volvió más tarde á declarar su verdadero sentido contra las insidias de los jansenistas. Lo propio acaba de hacer nuestro inmortal pontífice Leon XIII con su encíclica *Libertas*, condenando al propio tiempo los abusos que en nombre de la libertad se cometen en el orden social y político.

No menos se opone á la verdad católica la pretensión del Monismo, y en general del racionalismo y materialismo, de acabar con la idea de la causa final. La primera pregunta del Catecismo es: *¿Para que fin ha sido criado el hombre?* y San Pablo, el inspirado Apostol de las gentes, nos dice que cuanto hagamos sea con la mira de honrar á Dios. *El fin de la ley, dice el mismo, es el amor*: y si Jesucristo murió por nosotros fue *para que fuéramos un pueblo aceptable y seguidor de buenas obras*. De modo que el Monismo y

el Catolicismo deben mirarse absolutamente como incompatibles; y estoy persuadido que de cuanto dejo sentado, bien que sea muy poco, resulta claro, como la luz, que si las teorías positivistas y transformistas destruyen por su base el progreso científico y la dignidad humana, no tienen estos mejores ni más decididos defensores que la verdad católica.

III

En su consecuencia, señores, permitidme que antes de concluir mi tarea me dirija á vuestros corazones, y os conjure por lo más sagrado que procureis, como ya lo venís haciendo, con todo ahinco, con el filial cariño que á la santa Iglesia Católica profesais, favorecer y secundar en la esfera de vuestras respectivas relaciones las elevadas miras de nuestra Madre, y lograr de esta suerte que á las mortíferas corrientes del Positivismo y Transformismo sucedan en la sociedad y en el individuo, en la teoría y en la práctica, las doctrinas de salvación que emanan del verdadero progreso científico, de la dignidad del hombre y de la católica verdad. Que no sea infecundo este Congreso Católico: que se infiltren en la sociedad las doctrinas aquí tan brillantemente sustentadas; que veamos pronto florecer como en los antiguos tiempos, el cultivo de la verdad al lado de la proverbial piedad é hidalguía española. ¿Que se hicieron, señores, aquel pristino heroismo, aquella caballerosidad, aquel odio á todo lo que sabe á error, á herejía, aquel ferviente y decidido entusiasmo en pro de los grandes intereses de la verdad católica, que nos llevó á luchar siete siglos contra el Islamismo, y á cubrir nuestras fronteras para cortar el paso á las herejías de Lutero y Calvino? ¡Ah! con pena hay que decirlo; apenas si existe de nuestra pasada grandeza más que un triste recuerdo; y es, señores, que por aquí está haciendo estragos el hombre malo, el enemigo de las almas, el enemigo de Dios; es que no hemos tenido en cuenta lo mucho bueno que había en casa, para dar entrada libre al contrabando. Pero esta ilustre Asamblea, hace augurar mejores días: unidos, de hoy más, los hombres de buena voluntad, trabajaremos de consuno en la grande obra de reconstruir el magnífico edificio que destruyeron los hijos de las tinieblas: y dignos hijos de la patria española no menos que de la Iglesia, enjugaremos las amargas lágrimas de una y otra, cultivando á la par la virtud y la ciencia, que son las puertas de la verdadera inmortalidad.

JOAQUÍN GOU SOLÁ Pbro.



NARCISO MONTURIOL (*)



El día 6 de Septiembre moría en Sant. Martí de Provencals, después de una larga y grave enfermedad, uno de los más ilustres hijos de Cataluña digno por todos conceptos de la consideración y estima de los convivientes, como de la veneración de su memoria para los venideros.

Olvidémonos aquí del individuo del primer triunvirato de la idea republicana, para hablar únicamente del hombre científico, cuya simpática fisonomía dejaba traslucir siempre al padre de familia, al moralista y al amante de todo lo que contribuía á la dignificación del hombre. A su villa natal, que lo declaró un día su hijo predilecto, correspondería trasmitirla en mármol ó en bronce, como ahora hacen las ciudades y villas de Europa, con muchos tal vez no tan merecedores de esta honra, con preferencia á los que sólo han dejado un rastro de sangre á su paso. Las ilustraciones vienen llenas de monumentos recientemente inaugurados á sabios, á escritores, á artistas, á industriales y á ingenieros, y nuestra tierra no posee aún ninguno que enaltezca á un inventor.

Esta es en nuestro concepto la verdadera fisonomía científica

(*) En estos días en que la atención pública se preocupa de los resultados que definitivamente puedan esperarse del Sub-marino Peral, creemos que nuestros abonados leerán con gusto la presente biografía que del ilustre Monturiol publicó en catalán el diario *La Renaixensa* en el n.º correspondiente al 4 de Octubre de 1885, edición de la mañana, cuya reproducción reúne cierto interés de circunstancias, además de la de coincidir en el presente mes el cuarto aniversario del fallecimiento de tan benemérito catalán. (N. de la R.)

de Monturiol. Y todas sus invenciones no son ensueños sino realidades, hijas de la meditación, de un estudio sereno de las leyes de la naturaleza, de una aspiración al aprovechamiento de todas sus fuerzas para ponerlas bajo el dominio del hombre, para contribuir al bien de todos y al progreso en general. De dos de aquellas me ocupé ya extensamente en las *Revistas científico-industriales* que publicaba una veintena de años há en las páginas del *Diario de Barcelona*; y habiendo seguido en amistad íntima, ya antigua en aquella época, con Monturiol, siendo después de su familia casi la persona con quien se había más explayado en sus inventos, haré de ellos una enumeración más que un estudio, ya que no lo permite la indole del trabajo, á fin de que sepa Cataluña la pérdida que ha sufrido al abandonar aquel probado cuerpo, una tan clara inteligencia.

Tres días antes de perder por completo la palabra, cuando no entraba ya más que su familia, tristemente afectado por el |alevoso acto de Alemania, me hizo entrar para manifestarme, llorando como un niño, el sentimiento de no haber podido realizar su sueño, después de haber vencido todas las dificultades científicas, de las cuales se había preocupado siempre más que de las dificultades materiales para llevar á cabo sus empresas. Porque Monturiol había sido siempre un buen patricio. Este hombre que posponía hasta el bien de su familia al bien de la humanidad, las vanidades humanas, las necesidades verdaderas y el reposo, al amor á la ciencia, reusó la oferta que le hacia un gran hacendado de Cataluña de su alta influencia en la Corte imperial de Francia de ponerle un arsenal francés á su disposición, por no privar á su patria de la gloria de la navegación submarina. Demasiado confiado en sus fuerzas, no previó la lucha que se le preparaba. Como Bernardo Palisey que quemaba sus muebles hasta obtener la temperatura para fundir sus pastas cerámicas, Monturiol sin preocuparse de las necesidades de momento ni de las del porvenir, de la cantidad que llegó limpia á sus manos de la suscripción nacional que se hizo sin distinción de clases ni partidos, dispuso de ella á pote, no escatimando nada para pruebas y aparejos, si ellos le daban la confirmación de una teoría, la realización de un pensamiento que le ayudase á vencer dificultades inesperadas, á fin de presentar su *Ictineo* como un barco acabado, realizando las condiciones de navegación, de seguridad, de fuerza interna, de atmósfera respirable, de cámara exploradora, de instrumento explotador de las riquezas submarinas, y por fin, de máquina de defensa de nuestras costas, yá que parece estamos destinados á no tener nunca una marina digna de

nuestra situación topográfica y de nuestra importancia colonial.

Y todo esto no lo hacía á tientas, sino después de un estudio profundo de la cosa, pero con una intuición tan acertada de los medios que debía emplear para llegar á ello, que demostraba por ella los vastísimos y bien digeridos conocimientos que tenía en todos los ramos de las ciencias físico-químico-mecánicas y de todas las leyes del Cosmos, estando al corriente de las más modernas teorías y descubrimientos en lo que á ellas correspondía. Y era tanta su intuición, que bastaba se le diese cuenta de alguna de esas nuevas, para él siempre agradables, para que á las primeras indicaciones se elevase su inteligencia, muchas veces, al conocimiento de lo restante, sacando de ello consecuencias que completaban y aclaraban la idea del autor. La falta de un título académico para esta clase de estudios, le habían retraído siempre de hablar en público; y fué verdadera lástima, porque á pocos he oído exponer con más claridad y de una manera que hería más el entendimiento, los principios y las aplicaciones de las ciencias que le eran tan familiares.

Más, así como la visual de todos los mundos de nuestro sistema planetario es la constelación de Hércules, el punto de concurso de todas sus aspiraciones era la estrella del Progreso, y hácia él dirigía no sólo sus estudios científicos, si que también sus estudios filosófico-sociales, que hizo siempre navegar de conserva con los primeros.

Ya que era en sus últimos años partidario de la escuela evolucionista, le presentaremos primero con las naturales evluaciones de su espíritu.

Monturiol nació en 1819 en la villa de Figueras.

Emprendió la carrera de leyes, que cursó en Cervera, Barcelona y Madrid. No tomó el grado, porque empleó el dinero en un hecho político de aquella época. Su familia se lo envió nuevamente, y por segunda vez se desprendió de él para socorrer á emigrados.

Presintiendo que se encontraría en situación semejante, aprendió el arte de cajista á fin de tener medios de ganarse la vida en la emigración.

Tomó parte en los hechos políticos del 40 al 48 en compañía de Terrades y Coello, que con él constituían el directorio de su partido.

Después de las bullangas del 43 se declaró públicamente propagandista pacífico, logrando que el partido republicano de Cataluña participase de su creencia de que las revoluciones armadas an-

tes perjudican que favorecen su causa. Imbuído en las ideas de Cabet, dió á su propaganda un fondo de socialismo que no debe confundirse jamás con ese socialismo moderno, que con el nombre de colectivismo, anarquismo é internacionalismo pretende destruir la sociedad por medios violentos para reedificarla de nuevo. El socialismo de Monturiol puede decirse que era un socialismo evangélico, tan utópico como el de la moderna escuela; pero más simpático, porque todo lo espera y lo funda en los sentimientos fraternales del hombre.

La definición que él se daba era la siguiente: Socialismo es aquella forma social que permite al hombre el mayor desarrollo posible de sus facultades físicas, morales é intelectuales.

La Madre de familia, *El Padre de familia* y *La Fraternidad*, publicaciones que dió á luz desde el año 46 al 50, son un testimonio elocuente de su sinceridad y de sus delicados sentimientos.

«No podeis figuraros (me decía una vez) la alegría que tuve al saber que existía un *Quijote para los niños*, despojado de ciertas escenas, frases é interpretaciones que ofenden el pudor de una joven, y que me permitía hacer saborear á mis hijas todas sus bellezas de concepto y de lenguaje.»

Aunque sus aficiones socialistas no se enfriaron un solo momento en su vida, en sus últimos veinte años había abandonado las utopias de su juventud, para estudiar con verdadero afán la moderna escuela evolucionista, que conocía profundamente. Herbert Spencer, Littré, Dubois, Raymond, Darwin, Hækel y Lange eran sus autores predilectos.

Con las persecuciones anteriores al 54, y en previsión de nuevas emigraciones, aprendió en poco tiempo la pintura al oleo para dedicarse á retratista, que explotó con éxito, sobre todo en el Ampurdán.

De aquella época y estancia en la costa emporitana data la idea del Ictineo. El de prueba se llevó á cabo con los ahorros de algunos de sus amigos que, conocedores de sus virtudes, sus cualidades y sus aptitudes, no titubearon en confiarle unos cuantos miles de duros para que diese á luz su pensamiento predilecto. Los que creen que el Ictineo es la obra de un práctico tal como aquí lo entendemos, se equivocan lastimosamente, dando con esto prueba de que no conocían á Monturiol ni su obra.

Pero no fué el Ictineo su primera invención. El primer fruto de su instinto mecánico fué la máquina de hacer cartapacios. Hasta su tiempo se tiraban á la mano con el *bach*, y él imaginó los cilindros grabados con un sistema especial de darles la tinta, impri-

miendo la hoja sobre papel continuo, que una serreta cortaba mecánicamente al salir de los cilindros.

Esta máquina que compró después un editor de obras para la enseñanza, y que funciona todavía en casa de otro de más importantes negocios, hubiera sido en otras manos la base de una fortuna y de la cual él no supo sacar provecho. A haberse hallado dotado de talento mercantil como lo estaba de talento científico, no hubiera muerto pobre, sino millonario como los Amstrousgs, los Besmers los Siemens, los Krups y otros bienhechores de la humanidad.

Sigue el Ictineo, ó barco-pep, al que consagró la flor de los años de su vida, su sueño dorado, que vió propiamente disiparse como un sueño, en el momento en que acababa de vencer todas las dificultades, imponiéndole movimiento con la notable invención del motor sub-marino.

Las vicisitudes por que pasó Monturiol en su construcción, son de la índole de las que han pasado todos los grandes inventores, como si la desconfianza y el sarcasmo se uniesen á los obstáculos inherentes á todo descubrimiento, así como la persecución y el martirio es el bautismo de toda idea social y religiosa.

Y todo fué debido á su deseo de aprovechar el Ictineo que construyó con la suscripción nacional, y que él aportó á la sociedad primitiva, para sus ensayos como á máquina de guerra; en lugar de aplicarle de golpe y porrazo las traillas de coralar. Mientras su barco recorría como un pep grande el puerto de Barcelona y trece personas pasaban en él tres horas celebrando una comida en su hondura, y sacando de vez en cuando fuera del agua su quilla (la más digna de llevar grabadas las cuatro barras según la expresión de Roger de Lauria) disparando un cañón á flor de agua que volvía á cargarse en el fondo para ser de nuevo disparado, los zánganos incapaces de ninguna aspiración noble ni de sacrificio alguno, erigiéndose en vice-gerentes de los que en él confiaban, desde la muralla de mar murmuraban con sarcasmo: «¿Porqué no pesca coral?»

Pero él que no se desanimó jamás, hasta que vió el Ictineo embargado y mal vendido por una bicoza, porque tenía todas las cualidades indispensables que había presentido con su innegable talento el celebrado autor de *Veinte mil leguas de viaje sub-marino* en el inventor imaginario de aquel barco-pep, como si Monturiol le hubiese servido de modelo.

Para los que no quieran dar fé á las citadas pruebas, y al testimonio que podemos dar los que habíamos recorrido las cáma-

ras del Ictineo y admirado el ingenio con que todas las dificultades estaban vencidas, desde el cuerpo resistente de la nave hasta à los útiles coraleros, desde la purificación de la atmósfera hasta à la aplicación del vapor como à motor, quedan los planos detallados de este sendo barco sub-marino, su memoria que honraría al ingeniero más ilustre, los dictámenes de la comisión del Ateneo y de eminentes oficiales del cuerpo del Ejército y de la Armada, y por fin los planos del Ictineo de guerra que no tienen rival en los que hemos visto, transcritos en Revistas científicas é ilustraciones de constructores, que en vano han tratado de resolver el problema, no habiendo ninguno de ellos realizado todavía lo que con menos medios y entre tantas contrariedades hizo nuestro malogrado compatriota. La sola idea de aplicar dentro de una cámara cerrada una máquina de vapor, cuyo combustible diese por resultado una atmósfera respirable, es una de las más atrevidas invenciones, que ahora sin duda habría reemplazado por los nuevos motores eléctricos con sus consiguientes acumuladores. Ya decíamos en nuestra *Revista científico-industrial* publicada el 29 de Noviembre de 1886 en el *Diario de Barcelona* y consagrada únicamente à su motor submarino: «El principio en que descansa el nuevo motor es la aplicación de ciertas reacciones químicas à la producción del vapor. En la navegación sub-marina la química es la ciencia que ha cooperado más eficazmente à la resolución de los problemas que le han hecho practicable.» A dicho artículo remitimos à nuestros lectores, ya que no podemos entrar en más detalles tratándose de un sencillo trabajo necrológico del inventor.

Mientras Monturiol trabajaba en el Ictineo, su espíritu, jamás inactivo, daba curso à otra invención, sino tan trascendental, de una aplicación más mediata: tal es la máquina de confeccionar cigarrillos de papel, que construyó con la cooperación de uno de sus amigos, y cuya descripción dimos en otra *Revista científico-industrial* del mencionado *Diario de Barcelona* en 27 Abril de 1867. Muchas de ellas se han construido ya en los obradores de los que explotan el privilegio, y que funcionan en fábricas de tabaco de Cuba, Méjico y Portugal.

Pero Monturiol no se contentó con la invención primitiva, y ha dado muestra de su ingenio en la última máquina de hacer cigarrillos, que, en forma más pequeña, y puesta encima de una mesa, movida à mano por una cigarrera, confecciona de una manera admirable y con rapidéz incomprensible, de uno en uno los cigarrillos de papel, siendo un modelo acabado ó aparejo mecánico. De esta máquina su familia ha pedido ya el privilegio, siendo la

única herencia que le ha podido legar con su nombre honrado y digno.

Como muestra de los recursos que tenía, cuando se trataba de resolver un problema físico ó mecánico, basta citar que en 1873, siendo Director de la Fábrica del Sello, el Ministro de Hacienda, con motivo del impuesto de guerra nuevamente creado, dispuso la elaboración de una cantidad considerable de sellos, la cual, en el corto tiempo que le daban, era materialmente imposible, pues ni tan sólo bastaba para el engomado. Pensó la instalación de secadores de vapor, pero ningún constructor se comprometió á tenerle corrientes los serpentines y tubos que necesitaba. Por fin él sólo, con los cerrajeros de la casa, construyó en pocos días un secador de un sistema enteramente nuevo, y antes del día exigido por el Ministro, se elaboraban y se trepaban un millón de sellos diarios.

Mientras la fábrica le estuvo confiada no hubo el más pequeño desfalco, descubriendo con mucho arte un robo de cuños.

Para demostrar cuanto le dominaba el instinto mecánico, citaremos de él el siguiente hecho. Un amigo suyo, entusiasta de la música de Bellini, quiso que le acompañase una noche á oír la *Sonámbula*. Llegó el acto en que la joven dormidora con una luz en la mano atraviesa el puente de palo del torrente, donde se veía en movimiento una rueda hidráulica. Mientras el amigo le llamaba la atención sobre las melodías de aquella escena, él quería abandonar la sala de espectáculos porque no podía soportar la vista de un motor hidráulico tan mal construido ó figurado.

Esto no quiere decir que Monturiol estuviese falto de sentimiento estético, porque en sus trabajos literarios dió pruebas de escritor elegante, claro y conciso, haciéndose simpático más por la sinceridad de sus convicciones, que por el deslumbramiento á que han de recurrir los que tratan de hacer ver las cosas del color que ellos quieren. Muestra de su estilo son las Memorias sobre el Ictineo y las Biografías de Alfonso el Sabio, Cristóbal Colón, Juana de Arco, Galileo, Abelardo, Cronwell y otros que publicó en la obra *Hombres y Mujeres célebres*, que continuó, á la muerte de su fundador, D. Juan Landa.

Entre otras aplicaciones importantes de principios diversos, Monturiol dejó un cañón de campaña aplicable á la infantería, llamado por él de descargas sucesivas. Fundándose en la incompleta combustión de la pólvora en los cañones usuales, creía que dividiendo las cargas en capas separadas podría obtenerse un efecto más grande, ya que la combustión resultaba completa recibiendo

el proyectil el esfuerzo total de la carga. No hace mucho tiempo que vino en una de las revistas técnicas inglesas la noticia de un cañón semejante é inventado por un ingeniero inglés. No se escapa á ninguna persona inteligente la trascendencia del principio sentado por Monturiol.

Deja casi terminado un aparejo para probar la posibilidad de relojes fundados en la universalidad de las líneas rectas centros de rotaciones.—Un motor doméstico para la fuerza de 8 kilogramos á un caballo de vapor.—Un telescopio cónico.—Y unas notas para la construcción de un pájaro mecánico.—Como fruto de sus investigaciones químicas, deja completamente terminado y aplicable: Un procedimiento para la mejora de los vinos.—Una tinta de imprenta.—Un velógrafo.—Una cola líquida.—Un jabón obtenido en frío.—Y un medio de conservación de las sustancias, en especial de carne fresca.—Y en estado de estudio, un procedimiento para la obtención de la suela artificial.—Otro para la transformación de la madera en glucosa.—Otro para revestir el hierro con una capa de su propio sulfuro.

Como estudios de carácter puramente científico, se han hallado entre sus papeles en primer lugar: La memoria sobre la navegación sub-marina que llama *Ensayo sobre el arte de navegar debajo del agua*, en donde hay reunidas todas las noticias y resultados obtenidos por el autor. Es un trabajo digno de ser conocido por los hombres científicos. Creemos que su familia aprovechará la primera oportunidad para darlo á luz, tan pronto disponga ó encuentre medio de subvenir á los dispendios que supone la publicación de los numerosos dibujos y planos que lo acompañan.

Bien que desordenadas, deja unas notas sobre el aprovechamiento de la fuerza de rotación de nuestro planeta, y, como á consecuencia de ella, del movimiento de las oleadas del mar.—Otras apuntaciones sobre el aprovechamiento de la corriente magnética de la tierra.—Y una memoria completamente acabada y que fué el trabajo de las últimas horas vagativas, que llama *Investigaciones sobre las causas de la Gravedad*, en la cual incluye una teoría general del Universo.

Por la índole de estos trabajos puede comprenderse quién era Monturiol. Inteligencia privilegiada, estaba, como hemos dicho, tan dotado de instinto mecánico como de aptitud especial para resolver problemas físicos y químicos y de recursos para plantearlos; más por desgracia suya carecía de toda aptitud para el negocio. Y todo era debido á que más que sus propias necesidades y las de su familia le preocupaba la idea del adelanto y del bie-

nestar de la humanidad. Observador como pocos, de los más pequeños hechos, se elevaba á consideraciones científicas de gran vuelo, y muchas de sus conversaciones transcritas, habrían ocupado un digno lugar en los sumarios ó extractos de sesiones de las Academias de Ciencias, en donde sin título profesional, hubiera hecho, en pequeña escala, tan buen papel como Mr. Pasteur, sin tener el título de médico en la Academia de Medicina.

Sus obras, y no la opinión de los que conocían lo que valía, han de hacer que sea contado entre los sabios catalanes, considerado como un notable mecánico, y que su nombre figure entre los inventores. Para los que no sabemos separar al político y al socialista del hombre de ciencia, será tal vez mirado como un utopista, como un soñador. ¡Ay de la Humanidad si entre tantos que duermen como un leño no hubiesen otros que soñaran y otros que velasen por ella!

DÁMASO CALVET

ingeniero industrial.





NUEVOS DATOS

ACERCA DE SEPULTURAS TALLADAS EN LA ROCA (*)

Sr. D. Joaquín Bctet y Sisó

Olot 5 de Septiembre de 1889.

Muy querido amigo y Sr. mio: como confiaba verle en las dos ocasiones que de poco tiempo estuve en esa, para darle cuenta del descubrimiento de unas sepulturas cavadas en la roca en el vecino pueblo de S. Estéban de Bas, no le había escrito á este propósito y lo siento porque siquiera por via de nota ó adición hubiera podido V. dar cuenta de ellas en su artículo publicado en la REVISTA DE GERONA correspondiente al pasado mes de agosto, porque además de dar noticia de mayor número de sepulturas de esta clase halladas en esta provincia, no dudo, por lo que V. verá, que le hubieran servido de testimonio en pró de su opinión.

Hallábame yo en dicho pueblo uno de los días del pasado le-

(*) Insertamos con gusto la presente carta en que se dá noticia de otras sepulturas talladas en la roca descubiertas en nuestra provincia y que viene á aumentar los datos que sobre esta clase de monumentos acopiamos en el artículo publicado en el número anterior de esta REVISTA.

Con esta ocasión daremos también cuenta de un sepulcro tallado en un bloque hallado en San Clemente de Peralta, que el Sr. Pella, en su *Historia del Ampurdán*, describe en estos términos: «Al visitar aquellos sitios en agosto de 1877, acababa de descubrirse el cementerio del convento al E. de la Iglesia. En

brero, en que se desmontaba el cementerio antiguo que estaba junto á la iglesia parroquial y uno de los trabajadores que en ello estaba ocupado díjome que en la parte más baja del terraplén del cementerio habían encontrado un hoyo cubierto con losas que no sabían lo que sería. Fui allá inmediatamente, todavía encontré el hoyo intacto y, tomando la dirección de la obra, se abrió en mi presencia. Como esperaba salió una sepultura cavada en la roca cubierta con tres losas planas ajustadas entre sí con arcilla rojiza. Mandé levantar las losas y apareció un esqueleto intacto dentro de una sepultura que, por tratarse de cosa conocida, solo diré que era una de las que tienen una cavidad redondeada, hecha á propósito para recibir la cabeza del cadáver. Este se hallaba en posición supina con los antebrazos cruzados sobre el pecho y el cráneo algo ladeado de modo que la cara miraba al templo. La sepultura medía 1'90 metros, estaba perfectamente orientada de poniente á levante y no tenía en su borde rebajo alguno en que asentar las losas cobertoras que eran bastante más anchas de lo necesario.

Al abrir esta sepultura aparecieron sobre la cabeza de ella los piés de otra que se encontraba á un nivel algo más elevado y que

los cimientos del vallado que en aquella dirección se abrieron para cercar el jardín de la casa Vidal apareció un gran sepulcro de piedra arenisca á modo de ataúd largo de 1^m 7'46 mil. y que de una anchura de 0^m 6'79 en la testera se estrechaba sucesivamente hasta parar en 0^m 4'85 en los piés. En el plano inclinado del fondo descansó el cadáver ligeramente levantado y la cabeza en el hueco que se abre en el peldaño ó almohada de piedra de la testera, y observé á más, que por ser el hueco referido en disposición cuadrangular bien podía asegurarse que su estilo correspondía á un arte más rudimentario que el que escavó los de Olérdula, Centella y Palafrugell y tantos otros, que como también los de Narbona su hueco es semicircular ó elíptico. Este sepulcro propio sin duda de algún olvidado Abad del monasterio de San Clemente y falto por otra parte de adornos, inscripciones y muestras de vanidad funeraria nos lleva á la memoria las piadosas tradiciones de los primitivos cristianos que en recuerdo del *monumento novo scisum de petra* en que depositaron el cuerpo de Jesucristo, deseaban ser sepultados en el seno reciente de una piedra y además colocados en dirección al Oriente hácia donde parece que miran los muertos aguardando la aurora del postrer día del mundo» (cap. XVIII, pág. 311.)

El mismo autor, en el capítulo siguiente (pág. 328), ocupándose ya exclusivamente de sepulcros tallados en la roca dice: «Los sepulturas en la roca, abiertas en forma de ataúd y la cabecera en hueco redondo, que se vieron al construir algunas casas en los alrededores de la iglesia parroquial de Palafrugell, son testimonios de los hombres de los siglos IX y X y no sepulcros de primitivos cristianos ó más antiguos, según han discurrido algunos en vista de los que se muestran en la cumbre de San Miguel de Erdol en el Panadés. Idénticos los descubrí hace algunos años en Fanals de Mont, al pié de los muros de una antigua iglesia bizantina, hoy pajar de una casa de campo.»—J. B. S.

por razón de no bastar la roca para la longitud del cadáver fué rematada la hoya por dos piedras verticales y perpendiculares entre sí, por la parte de los piés. Dispuse su descubrimiento con el mismo cuidado que el de la anterior y me ofreció los mismos detalles en la superficie. El cadáver estaba completamente cara arriba y con los brazos tendidos á lo largo del cuerpo. La sepultura, igual á la anterior en cuanto á la forma, tenía 10 centímetro ménos de longitud y no estaba orientada, como aquella, sinó que formaba con ella un ángulo obtuso de unos 130°.

Recogí cuidadosamente las tierras que se habían filtrado en el interior de ambas sepulturas, y, despues de secas, las examiné con toda escrupulosidad por ver si en ellas encontraría algun objeto que confirmara mi opinión, que es la de V., y fué en vano. Nada encontré más que unos pedacitos menudos de carbón vegetal, que para mí nada significan, y dos pedacitos de vidrio roto procedentes de algun utensilio. Con todo, creo que su presencia en el fondo de un cementerio cristiano, y al lado de un templo cristiano cuyos caracteres son del siglo XI, hablan á mi ver bastante claro sobre el origen y procedencia de las sepulturas en cuestión.

No dudo le daré gusto añadiendo á lo dicho que he descubier- to sepulturas análogas junto á la capilla bizantina de S. Martín en el valle de Santapau, con una particularidad que V. apreciará en lo que valga. En este lugar hay sepulturas cavadas en la roca y, junto á estas, otras formadas con losas afectando la forma de un ataúd lo que á mi ver prueba la contemporaneidad de unas y otras.

Aprovecho esta ocasión para repetirme de V. af^{mo}. amigo y
s. s. q. b. s. m.

JOSÉ SADERRA



NOTICIAS

En lo que vá del presente mes han sido varias las personas distinguidas que han estado en nuestra ciudad con el objeto de visitar sus monumentos. Entre ellas podemos citar al jóven artista D. César Alvarez Dumont residente en Madrid y alumno distinguido de aquella Academia de Bellas Artes, el cual está pintando un cuadro de grandes dimensiones sobre el asalto dado por los franceses el 19 de Setiembre de 1809, conocido en la historia por *el gran día* de Gerona. El Sr. Alvarez Dumont obtuvo dos medallas de 3.ª clase en las exposiciones generales de Madrid en 1884 y 1887 por dos lienzos inspirados en el famoso sitio de Zaragoza en la citada época de la guerra de Independencia, lo cual nos hace augurar que la obra en que actualmente se ocupa será digna del asunto que trata y del buen nombre del autor.

Entre los sujetos á que antes nos hemos referido debemos añadir á los señores D. Cayetano Vidal de Valenciano, Presidente de la Real Academia de Buenas letras de Barcelona, reputado publicista y catedrático de aquella universidad, los señores Agustin y Pablo Lafolye arquitectos del estado francés y el distinguido jóven y diligente bibliógrafo D. Jaime Massó y Torrents, director de la revista ilustrada *L' Avens*, de Barcelona.

ASOCIACIÓN LITERARIA DE GERONA

CERTAMEN DE 1889.

PREMIOS OFRECIDOS.—SUPLEMENTO

UN ARTÍSTICO RELOJ REPRESENTANDO LA FORTUNA, oferta de S. M. la Reina Regente (Q. D. G.) al autor de la mejor composición poética, prefiriendo, en igualdad de mérito, la que sea de carácter histórico.

UN EJEMPLAR DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, DE MR. THIERS, oferta del Exmo. Sr. D. Joaquín M.ª de Paz al autor del mejor trabajo en verso sobre alguno de los episodios de la expedición de Catalanes y Aragoneses á Oriente.

UN CUADRO, ofrecido por el Sr. D. José Herrero Diputado á Cortes por Torroella, al autor del mejor romance sobre un episodio de la Historia de Gerona.

Gerona 12 de Septiembre de 1889.—*El Presidente*, FRANCISCO DE P. FRANQUESA.—P. A. de la J.—JAIME BRUNET Y ROIG, *Secretario*.